
Política

GIDDENS, Anthony (2007) *Europa en la era global*, Barcelona, Paidós (Estado y Sociedad), 314 pp.

La editorial Paidós, en su prestigiosa colección Estado y Sociedad, tiene la costumbre de traducir al castellano libros importantes de autores consagrados; basta recorrer la nómina de los últimos títulos publicados para encontrarse con figuras tan ilustres como A. Touraine, N. Chomsky, J. Rifkin, Z. Bauman, U. Beck, M. Yunus, L. Tsoukalis, R. Dahrendorf, etc., etc. Precisamente no pocos de ellos, como el que comentamos, abordan el tema de la identidad europea y de los retos que la UE afronta.

Como nuestros lectores saben, Anthony Giddens—entre otros, muchas prestigiosas credenciales— ha sido director de la *London School of Economics*; es el principal mentor de la llamada “tercera vía” que tanto inspiró la política de Tony Blair. En la obra que ahora comentamos, debemos decir que el autor es consecuente con las tesis defendidas en aquel libro programático (*La tercera vía*, Madrid 1999, Taurus)¹. Son muy conocidas sus críticas hacia algunas posiciones dogmáticas de la socialdemocracia tradicional, en general y, en particular, en defensa de lo que considera la necesaria adaptación, del laborismo británico al nuevo entorno competitivo mundial, incluida la revisión del Estado del bienestar en su formulación clásica; ello le ha acarreado no pocas críticas, acusándolo de “haberse vendido” al neoliberalismo. Sin ocultar su *pedigree*, el libro que comentamos se inicia precisamen-

te con una referencia al famoso discurso del *expremier* británico en el Parlamento Europeo en 2005 en el que planteó su “visión” de la UE del futuro.

Los objetivos del libro están claramente formulados en el prólogo: “En primer lugar se propone identificar políticas económicas y sociales vanguardistas que se están llevando a cabo en Europa con el fin de extraer lecciones de ellas”. Más concretamente, pretende entrar en el debate sobre “si el modelo social europeo otorga ventajas competitivas o si, por el contrario, supone un impedimento desde el punto de vista económico”. Esta es la idea central de la obra, aunque a veces uno tiene la sensación de que se aleja de ella. La tesis de Giddens al respecto es, en resumen, la siguiente: “Las pruebas muestran que a los países que han sido capaces de realizar reformas les ha ido bien en el mercado global y han podido sostener unos niveles elevados de justicia social” (p. 12). La clave, pues, está en lo que en otros momentos denomina “reformas estructurales” (p. 71) que deberían modificar los sistemas clásicos de protección social, e incluso los propios estilos de vida de los ciudadanos.

El capítulo primero (pp. 15–49) se titula “El modelo social” y refleja ya muy bien el contenido nuclear de la obra: cuál es el papel del sistema de bienestar europeo y las tensiones a que se ve sometido por la globalización, fundamentalmente, así cómo cuáles hayan de ser los cambios necesarios en dicho modelo. El modelo

¹ Nuestra revista publicó precisamente un editorial sobre el tema: CONSEJO DE REDACCIÓN (1999) “¿Es posible la «tercera vía»?”: *RFS* 54 (1999) 289–308.

social europeo se caracteriza, en síntesis, por un Estado fuerte con altos impuestos; un eficaz sistema de protección social y una limitación de la desigualdad, todo ello unido a la prosperidad económica (p. 16). Es muy difícil resolver el trilema: a) presupuestos equilibrados; b) niveles reducidos de desigualdad; c) tasas elevadas de empleo (p. 25). En el debate sobre los dos puntos de vista opuestos: fortalecer las políticas keynesianas frente a introducir reformas estructurales, el autor se pronuncia claramente por la segunda (pp. 36–37). Su tesis clásica de que se debe proteger al trabajador y no tanto al puesto de trabajo (p. 39) tiene importantes implicaciones. Insiste también mucho en la necesidad de retrasar la edad de jubilación (él cumplirá en 2008 los 70 años...) y de aprovechar mejor y más tiempo las capacidades de las personas mayores (p. 43). A nuestro juicio, acierta al formular al final el dilema de la siguiente forma: “¿Puede Europa NO permitirse su modelo social” (p. 48). Su llamada al “eurorrealismo” resulta convincente (p. 49). Un apunte, en clave de humor: en una alusión a la situación española, el autor afirma textualmente que “a España le ha ido bien” (p. 48); suena demasiado al “España va bien” de Aznar; ¿traiciona el subconsciente al autor, tan ligado a Tony Blair, a su vez “compañero de batallas” del expresidente español?...

A continuación, en el capítulo segundo, Giddens aborda el tema “Cambio e innovación en Europa” (pp. 53–84). Llama la atención sus reflexiones en torno a la tajante afirmación (p. 53) de que Francia, Alemania e Italia son “sociedades bloqueadas” (sobre todo la última). Se puede probablemente hablar de economías bloqueadas, en términos

muy relativos por cierto, pero extender ese apelativo al conjunto de esas sociedades nos parece excesivo. Por contraste, con frecuencia hace referencia a los exitosos modelos nórdicos de Finlandia, Suecia, Dinamarca o incluso el propio Reino Unido. Luego se refiere a los países de la antigua Europa del Este (recuerda con humor en la p. 62 aquello de: “nosotros hacemos como que trabajamos y ustedes hacen como que nos pagan”), al *dumping* social y a la emergencia de China e India en el escenario globalizado (aunque sin mucha profundidad); termina con un análisis interesante de la polémica directiva de liberalización de servicios de la UE, calificada como “un débil compromiso que no satisface a nadie” (p. 80).

“Justicia social y divisiones sociales” es el título del capítulo tercero (pp. 85–130), quizás el que más nos ha gustado del libro. Contiene un lúcido análisis de las nuevas estructuras de “clases” en Europa, así como de las nuevas divisiones sociales y plantea los retos a que se ve sometida la justicia social en la sociedad postindustrial. Es muy sugerente su reflexión sobre las características y las causas de la pobreza en Europa, especialmente de las “nuevas” pobrezas y de sus implicaciones para la elaboración de políticas. Más flexibilidad en la educación y en los mercados laborales y un énfasis especial en las “pobrezas infantiles” (esto último llama la atención) son algunas de sus propuestas. A este respecto, y en términos más generales, se desprende de todo el libro una indudable confianza del autor en las posibilidades de “las políticas” para conducir y reorientar los procesos sociales.

El capítulo cuarto lleva por título “Del bienestar negativo al bienestar positivo”

(pp. 131–176). Probablemente sea el capítulo nuclear donde desarrolla más sus tesis tradicionales acerca de los cambios inevitables en el sistema europeo de bienestar. En parte vuelve sobre cuestiones ya tratadas en capítulos anteriores. Se trataría de pasar de la tradicional concepción del bienestar como gestión y protección contra los riesgos tradicionales (la enfermedad, la ignorancia, el desempleo, la vejez etc.) a un bienestar ligado a la consecución de los objetivos vitales (salud activa, formación permanente, prosperidad, iniciativa etc.). Algo mucho más fácil de formular, por cierto, que de transformar en políticas operativas. Insiste con razón en el nuevo concepto de “bienes públicos” cuya provisión ya no puede ser competencia exclusiva del Estado. Y distingue, con razón, entre el ciudadano consumidor (para los ámbitos dominados por el mercado) y el consumidor ciudadano (para los de bienes públicos). El consumidor ciudadano europeo exige cada vez más libertad de elección y *empoderamiento* (“empowerment”) también para los servicios públicos. El capítulo termina con unas breves consideraciones sobre la inmigración y el multiculturalismo.

Sigue un capítulo quinto, titulado “Cambios de estilo de vida” casi exclusivamente dedicado a las políticas relativas al medio ambiente, al cambio climático y a los recursos no renovables, a las que el autor concede la importancia que se merecen; sin embargo, toma como punto de partida, curiosamente, el problema de la obesidad y el envejecimiento, insistiendo de nuevo sobre la conveniencia de prolongar la vida laboral (p. 183). En pocas palabras. “el medio ambiente no puede ser tratado como una externalidad”.

El título (realmente poco feliz) del capítulo sexto es “A nivel de la UE” y abre un capítulo importante –pero un poco “cajón de sastre”– que incluye una valoración de la Agenda de Lisboa, un análisis bastante convencional de las desigualdades en Europa y un lúcido repaso a la situación de la educación superior y la innovación (pp. 231 ss.); a continuación vuelve sobre un tema tratado en el capítulo anterior, con una nueva reflexión particularmente incisiva y provocadora sobre lo que debe hacer la UE en materia de “Modernización ecológica” relativa al medio ambiente y energía.

El capítulo séptimo y último constituye una síntesis en forma de “Ocho tesis sobre el futuro de Europa”. Dada su importancia intentamos resumirlas (lo que no es fácil, pues –en contra de lo que hubiéramos esperado– el autor realmente no las formula de forma sintética). Repite en él muchas cosas dichas en anteriores capítulos, quizás de manera más sistemática.

1. El año 1989 marca una ruptura en la historia de la UE en particular. Ya su papel en el mundo no puede ser el mismo de antes. La ampliación a los países del Este es consecuencia de estos cambios y son muchos los retos que plantea.

2. En estos momentos el “por qué” de la UE es tan importante como el “cómo”. Si el proyecto europeo nació como una aportación a la paz, hoy se enfrenta a nuevas guerras y a nuevos terrorismos. La paz en Europa la mantuvo la OTAN, no el Mercado Común (p. 259). Hoy se impone un “regionalismo transnacional emergente” (261).

3. Ese “porqué” de la UE se entiende mejor mirando al mundo. La UE reporta

a sus miembros sobre todo beneficios económicos, porque la soberanía que se comparte es soberanía que se adquiere (p. 263). Además de sostener una zona de paz defiende y encarna unos valores generales democráticos.

4. Estamos ante un proyecto político que no es ni será nunca un superestado, pero que es algo más de un área de cooperación intergubernamental. Británico antes que europeo, el autor se manifiesta contrario al federalismo. Piensa que la UE trata de aprovechar el gobierno en red y representa una democracia representativa no deliberativa (p. 267) a la que los países se someten por un "acto autónomo voluntario" (p. 269).

5. Hay que abandonar la idea de Constitución, propiamente dicha. Su fracaso no es un asunto serio. Se puede adoptar un nuevo enfoque, incorporando los cambios necesarios en la toma de decisiones. En último término la UE es "una asociación (o comunidad) democrática de naciones soberanas" (p. 272).

6. Así como en EEUU hay una identidad formada a base de identidades yuxtapuestas, a nivel europeo esas identidades no existen. Criticando la idea habermasiana de "patriotismo constitucional", Giddens cree que "para que la UE florezca debe haber algo a lo que los ciudadanos puedan sentir que pertenecen y ese algo debe ser una comunidad" (p. 276). En todo caso "es una identidad discutida porque es un experimento en marcha". Ello conduce a plantear claramente el problema de las fronteras de la Unión.

7. La UE debería recurrir a diversas formas de poder, poder blando (tradicionalmente empleado por los europeos), pero también

formas de poder duro, entre las cuales no puede faltar el poder militar: "La UE debe disponer de capacidad militar" (p. 284). Es verdad que el autor condena lo que llama la "eurohipocresía" visible al menos en a) que nos parapetamos tras el poderío militar estadounidense (las tesis de R. Kagan), b) no hemos revisado a fondo nuestro pasado colonial, y c) mantenemos la PAC que tanto perjudica a las zonas más pobres del mundo (pp. 286-287).

8. Su última tesis es optimista: "el actual es un momento de oportunidad para Europa" porque los Estados más desarrollados de la UE disponen de numerosas ventajas competitivas en la nueva arena global" (p. 287-288).

A modo de apéndice, se incluye una "Carta abierta sobre el futuro de Europa" escrita en 2005 conjuntamente por el autor y Ulrich Beck, que de alguna manera constituye una respuesta al "no" de los referenda francés y holandés.

De la descripción que acabamos de hacer se extrae claramente la crítica de que, en conjunto la obra que comentamos es poco sistemática. Se trata, si no nos equivocamos, de un libro "hecho a trozos". El autor trata demasiados temas, demasiado deprisa, sin demasiada coherencia (la estructura del capítulo 6, arriba descrita, es un buen ejemplo de ello; los mismos temas se podrían haber agrupado de diferente forma, incluso en capítulos diferentes). Hay bastantes repeticiones. En algunos temas se nota un tratamiento de mayor calado, como cuando aborda los cambios necesarios en el estilo de vida o el dilema entre el modelo social europeo y la globalización competitiva. Este último tema podría considerarse con el eje focal

del libro, sin que—precisamente por la falta de sistemática antes mencionada—consiga plasmarlo así en todos los capítulos.

A nuestro juicio, hay contraste entre la riqueza de intuiciones y la creatividad de algunas secciones (nuevas pobrezas, bienestar positivo y negativo, cambios de estilo de vida, nuevo modelo social etc.), y el tratamiento convencional de algunos temas (como las desigualdades regionales en Europa) o la ausencia de otros (como los temas monetarios, la relación euro-dólar etc.) cuando no la lectura superficial (como la PAC, merecedora de algo más del par de líneas dedicadas a descalificarla en bloque, aunque no fuera más que por su importancia histórica).

Echamos de menos un tratamiento más sistemático de algunos retos de la UE de gran entidad: la problemática institucional (por ejemplo, el sistema de toma de decisiones con la extensión de la mayoría cualificada en el Consejo etc.) al que se alude de pasada repetidas veces; un análisis riguroso de la PAC, a la que se descalifica de un plumazo en un par de ocasiones (cfr. p. 287), también de pasada; tampoco encontramos un análisis suficiente de las perspectivas presupuestarias 2007–2013, aunque sus alusiones al informe Sapir tienen que ver con ellas; falta también, a nuestro juicio, una valoración un poco más sistemática del frustrado proyecto de Tratado constitucional europeo, así como de su accidentado proceso de ratificación al que se alude varias veces rápidamente, aunque interpretando dicho ambivalente proceso como un elemento esencial de la evolución de la construcción europea.

Sobre este último punto, sin embargo, a veces da la impresión de que el “no” francés

y holandés al proyecto de “Constitución” europea y las reticencias de algunos países que no lo han sometido a ratificación, serían una expresión significativa de la crisis de identidad europea; sin embargo, uno se pregunta si las numerosas cuestiones de fondo abordadas por Giddens en su obra no hubieran sido igual de relevantes en el caso, no tan inverosímil, de que el “sí” hubiera triunfado... Dicho de otra manera, ese “no” parcial puede ser un síntoma pero, ni mucho menos—a nuestro juicio— el argumento decisivo a favor de los cambios necesarios en el proceso de construcción europea.

En plan crítico, sobre todo nos llama la atención la ausencia total de referencias a la responsabilidad de la UE en la búsqueda de soluciones a los problemas de pobreza masiva, en particular en África, y —salvo error por nuestra parte— no dedica ni una línea a la política europea de cooperación con los países en desarrollo salvo alguna fugaz alusión aparece en las pp. 69, 225 y 287. Nos parece francamente muy poco. En cualquier caso, más allá de sus diagnósticos, echamos mucho en falta la respuesta a esta pregunta: ¿“Europa en la era global” no tiene nada que ofrecer en la ayuda al desarrollo?

Piensa Giddens que “debe llegarse a un acuerdo sobre un idioma común; ... naturalmente este idioma tiene que ser el inglés” (p. 275). Seguramente tenga razón, pero a muchos europeos les resultará difícil aceptarlo; de lo que no cabe duda es de que él “juega con ventaja”: todas sus referencias bibliográficas, sin una sola excepción, están en su propio idioma...

El autor es un optimista nato. Opina que con tecnología y políticas adecuadas,

muchas de ellas supranacionales, estamos en disposición de afrontar los retos del mundo global. Y a esa perspectiva, probablemente, colabore su sentido británico del humor; A. Giddens cree que “para enfrentarse con garantías al mundo Europa tendría que tener: los niveles finlandeses de penetración de las TIC; la productividad industrial alemana; los niveles de igualdad suecos; los niveles daneses de empleo; el crecimiento económico irlandés; la cocina italiana regada con vinos húngaros (bebidos con moderación); los niveles checos de cultura literaria; los niveles franceses de sanidad; el nivel luxemburgués de PIB *per capita*; los niveles noruegos de educación (aunque ese país no sea –todavía– miembro de la UE), el cosmopolitismo británico; el clima chipriota”... (p. 48)

Mientras leíamos este libro no podíamos menos de recordar el precedente de Jeremy Rifkin, *El sueño europeo*, publicado también por editorial Paidós (como por cierto también el viejo y emblemático de Michel Albert *Capitalismo contra capitalismo*). Una visión norteamericana quizás un poco idílica (Rifkin) frente a una más crítica de parte de un europeísta (Giddens), esto último tanto más apreciable cuanto se trata ante todo de un “buen británico”.

La traducción al castellano es muy buena.

Además es un texto claro, bien redactado, relativamente ameno y fácil de leer; en ningún momento se hace pesado. Los recuadros incluidos en el texto contienen resúmenes de algunas de las principales secciones, formulados como afirmaciones numeradas y son de utilidad; sin embargo, pensamos que sus títulos estarían mejor colocados encima de los mismos, y no debajo. Llama la atención la ausencia total de mapas, cuadros numéricos, gráficos y esquemas sinópticos. Los títulos de los capítulos son poco significativos, diríamos que “despistantes” y lo mismo ocurre con muchos subtítulos. Por otro lado, se echa de menos una bibliografía final. El índice analítico y de nombres es bastante incompleto.

En resumen un libro sin duda interesante, sugerente, pero –a pesar de las pretensiones del título– no es todavía una obra definitiva sobre la UE y sus desafíos en la era global. Se nota mucho que está escrita de prisa. Para llegar a ser un libro indispensable le faltó más sistemática, más elaboración y más tiempo de maduración. Y es que estos grandes *gurús* tienen sobre los demás mortales la aparentemente gran ventaja de que antes de escribir sus libros ya los tienen vendidos y traducidos. Deberían evitar caer en esa trampa... [José J. ROMERO RODRÍGUEZ]